

Concierto de Navidad 2007

Bienvenidos y gracias por acompañarnos.

Lo de Juan Sebastián Bach es increíble.

No se sabe qué resulta más sorprendente: si que compusiera más de 1127 obras o que engendrara 20 hijos en dos matrimonios.

Con esas cantidades, está claro que Bach sirve para un roto y para un descosido: tiene música para todo, hasta para describir las escenas navideñas que estamos viviendo estos días.

Su especialidad son las cenas de nochebuena. En sus fugas es fácil adivinar los follones que se montaban en su casa con toda la familia reunida. Porque, claro, de los 20 hijos le vivieron 9 pero, aún así, más que familia numerosa aquello era una familia superpoblada.

Veamos: en una fuga un instrumento toca unas notas y, mientras el siguiente le imita, el primero se dedica a ajustar su música a ese tema. Luego empieza un tercer instrumento con la misma frase del principio y los otros dos se las ingenian para acompañarle... cuando en vez de dos o tres los instrumentos son cinco, el lío está servido.

Para que todos lo entiendan. Es algo así como si en la cena, alguien dice:

-- “Niño, pásame los langostinos” y luego, desde la otra punta de la mesa, retrucan

-- ¿ Qué pasa con esos langostinos?

Y la niña pija dice:

-- Que asco...: langostinos llenos de patas” y el niño

-- Mama, pérame otro langostino

Y la cuñada con cara de desprecio:

-- “No están mal para ser unos langostinos tan pequeños...” “

Y luego que si “Yo no he catado los langostinos”, que si “Por qué se llaman langostinos” que si...

Y, cuando en la mesa ya están los licores y el dulce, cuando desde la cocina está llegando el aroma del café, entonces, al final de la fuga, el abuelo va y dice

-- “Ahhhh, pero ¿ había langostinos?”

Esta es la fuga en Sol menor de Bach

Lo de Jorge Federico Handel no está claro.

Sabemos que escribió el Mesías hace casi 3 siglos.

Sabemos que tardó en componer el oratorio completo 3 semanas.

Sabemos que dura casi 3 horas.

Y sabemos que su coro más famoso, el Aleluya, ocupa unos 3 minutos.

Pero...

¿ Qué escena pretendía reflejar Haendel con esa música tan jubilosa?

¿ Acaso la alegría de los niños que descubren sus regalos navideños?

¿ Acaso el vivo retrato de quien saborea la nómina con la paga extra?

¿ Es un padre que, por primera vez, recibe por regalo algo que no es una corbata?

¿ Se trata quizá de un coro que entona toda la familia después de despedir a los
cuñados?

¿ Es el abuelo, quien muestra su entusiasmo cuando descubre entre el turrón de frutas y
un polvorón... el último langostino?

Los especialistas no se ponen de acuerdo, así que conviene oír el Aleluya para seguir
considerando el problema.

Algunas piezas de música tienen suerte. Otras tienen muy mala suerte. Y otras van dando bandazos entre la fortuna y la desgracia: es el caso del Adagio de Samuel Barber.

En 1936 escribió un cuarteto de cuerda cuyo tiempo lento se hizo muy, muy popular. Lo acabaron interpretando orquestas completas y hasta coros. La suerte se le acabó cuando llegó un tal Oliver Stone y metió esa música en una película sobre los horrores de la guerra de Vietnam.

Desde entonces, se considera el adagio una pieza tristona, trágica, doliente... y no, no es así como nosotros la vemos.

El Adagio de Samuel Barber es sólo otra escena navideña. Quizá la más íntima y la más llena de ternura: para nosotros es el gesto de alguien que, resistiendo al cansancio, aún reúne fuerzas para canturrear, acariciando el pelo de los niños que sueñan y quizá arropar al abuelo, que se ha quedado frito en su balancín después de su sobredosis de langostino, fíjate tú.

El Canon de Juan Pachelbel no es un canon, sino una chacona. Además, está escrito en Re mayor y casi nunca se interpreta en Re mayor.

Su tema de 8 notas se repite originalmente 28 veces, pero los músicos suelen cortar por lo sano: os ofrecemos una versión con 21 repeticiones y en Si bemol mayor.

Y no importa: los especialistas sí se han puesto de acuerdo esta vez. El canon describe una escena apacible, nocturna, en que el ritmo obstinado, cansino, del balancín del abuelo coincide con alguien que anda de puntillas, en la penumbra, cargado con algo que quizá deje al pie del árbol de Navidad.

Que cada cual desvele el misterio por su cuenta: éste es el Canon de Pachelbel.